

Un viaje extraordinario

Jordana Blejmar

Trotamundos

Viajar es ausentarse de un lugar y aparecer en otro, como por arte de magia. Así también el prodigio de la fotografía. Camilo está y no está en las fotos de Hernán. Cual sombra o ilusión óptica (el parecido entre ambos es asombroso), el hijo imita las posturas del padre a una distancia prudencial, absorto en sus pensamientos, o casi imperceptible al final de las múltiples columnas del Partenón. Es el deseo de “haber estrechado antes los vínculos” lo que vemos en estas fotos.

Tres son los viajes aquí revisitados, ninguno animado por mera curiosidad turística. Hernán recorre la India de Gandhi o el Monumento a la Paz de los Niños de Hiroshima, y sin duda algo de lo que vio y vivió allí alimentó su compromiso militante. La idea de viaje anida también en la naturaleza misma de la carta, fundadora de contactos pero solo a partir de ausencias y desplazamientos. El viaje de Papá es, por último, el propio viaje al padre.

Espectros

En sus orígenes, fantasma y fantasía evocaban un mismo acto: brillar aparecer, hacerse visible. El fantasma es la visión de un objeto grabada en la imaginación, como la que nos acecha en los sueños. El fantasma también es un viajero errante que no encuentra su lugar en el mundo de los vivos, pero tampoco en el de los muertos, un *desaparecido* aparecido. Pero ¿quién se le aparece a quien en estas fotos? Camilo invierte los roles asignados por la historia y tuerce su destino de Hamlet criollo. Es el hijo – y no el padre – quien se hace presente allí donde no se supone que debería estar.

Algunas imágenes sugieren la presencia de una ausencia: un convite servido en una mesa vacía, un escritorio desordenado, una cama recién hecha; como si retrataran el instante anterior al regreso nunca materializado del padre ido. ¿Cuántos hijos esperaron durante años ese retorno trunco, la vuelta del asesinado o desaparecido al que detrás del ventanal ansían hacer aparecer?

Legados

Pero no sólo de ausencias está hecho este álbum de viaje; también de herencias y continuidades sugeridas en la cámara de fotos sobre el hombro de Hernán, o en el anhelo por retener para siempre un instante de absoluta placidez doméstica.

Legados impalpables surcando lo palpable: la carta que la tía de Camilo escribió a los veinte días del asesinato y que recuerda a las epístolas entregadas a los hijos previas a la lucha clandestina, testimonios de las elecciones que marcaron esos años urgentes, testamentos del deseo de protección y, a la vez, ausencia corpórea. Restos dispersos, piezas de un rompecabezas imposible de completar. Pero también huellas, ecos, puentes. Como el nombre, Pedro Camilo. La voz apenas escuchada que lo nombró hijo se hace letra legada.

Tal vez no importe tanto el contenido de esos intercambios imaginarios, como la voluntad de ensamblar afectos, tiempos, espacios, memorias. Acaso el de Camilo y su padre no se trate tanto, entonces, de un diálogo inconcluso, sino sólo postergado. Camilo apuesta a retomar en estas escrituras-imágenes la conversación que todavía se deben, a través de los objetos de transmisión elevados a ese lugar donde el duelo parecería posible.

Niños

La mirada de Hernán es la de un niño aventurero. Entre los pequeños, es uno más. Ojitos curiosos maravillados ante la presencia de ese hombre altísimo que se inclina para atarse los zapatos. Y entonces *click*, la cámara de Hernán captura esa espontánea bienvenida a un país remoto que, sin embargo, se presiente familiar. Quien pudiera replegar el tiempo y volverse un intruso también en ese intervalo de fugaz comunión generacional.

Miradas

“Lo que más me falta es su mirada... Es como crecer a ciegas”, dice María Inés Roqué en *Papá Iván*, que también trata de cartas, desencuentros y reuniones. Recuperar las fotos de Hernán fue, para Camilo, dar con esa mirada extraviada pero no ausente. Verse a los ojos, re-conocerse. Solo desaparece aquello que no oímos (el eco de un árbol al desplomarse en un bosque inhabitado), o sobre lo que no posamos la vista. El abrazo fraternal, la tertulia entre amigos, rescatar los momentos felices de una vida amputada, son todas formas de presencia. Desvanecerse, borrarse, desaparecer es otra cosa.